

La aguja viajera

ZYRANNA ZATELI
TRADUCCIÓN DEL GRIEGO DE GUADALUPE FLORES LIERA

La aguja viajera es una aguja verdadera que viajaba por el cuerpo de Alcmena. Alcmena es una mujer que desde los veintiséis años esperaba morir en su puerta, porque un doctor del siglo pasado le había dicho que padecía del corazón y que un corazón enfermo —nunca entendió de qué exactamente, el doctor era vago y ampuloso; la duda se aclaró solamente el día de su muerte y no es seguro que para entonces ella tuviera necesidad de saberlo—, un corazón así puede detenerse, le había dicho, en cualquier momento, ahí donde está uno sentado a su puerta, por ejemplo, mirando jugar a los niños.



Sentía que dejar de salir a la puerta no quería decir, por supuesto, que no pudiera morirse en cualquier otro lado —el doctor había puesto a la puerta como ejemplo. Así es que continuó asomándose a ella, de vez en vez, por las tardes y, previamente a cada ocasión, envolvía con mirada tierna y afligida toda la casa, las paredes, los techos, las almas que vivían o pasaban por ahí, como si se estuviera despidiendo de todo. Esto sin quererlo y sin confesarlo —igual que lo otro: de repente le dio miedo la oscuridad. La oscuridad que sólo muchos años antes la había asustado también, pero que entretanto había olvidado.

También sucedió una tarde que se asomó a la puerta y, en vez de a los niños que jugaban, vio a un desconocido; un hombre extraño de labios rojos, que al encontrarse con ella se quitó el sombrero, hizo una inclinación y se volvió, después se inclinó sobre su caballo como si quisiera hablarle de Alcmena, decirle al animal: *Es ella*. Esa fue la sensación que le transmitieron sus movimientos, y un sentimiento —que la hizo estremecerse— de que él y su caballo habían venido a llevársela. Al momento siguiente, el desconocido se volvió de nuevo en dirección a ella, sonrió (¡qué boca tan roja era esa!) y, montando el caballo, sin dejar de mirarla en absoluto, se volvió a quitar el sombrero y le dijo algo. A Alcmena le pareció que le había dicho: *Ven por la noche con el vienteillo*. Y se marchó.

Por la noche —¿cómo sabía que iba a soplar vienteillo?, hasta la tarde el día había sido cálido, con sol— Alcmena pidió con un pretexto cualquiera a una muchachita que vivía al lado que viniera a ayudarla a preparar las camas para dormir. Vivía con su esposo, su suegro y tres cuñados y hasta el momento había sido un trabajo —preparar cinco camas cada noche— que había hecho siempre sola, en el piso superior de la casa, en los cuartos limpios y fríos, y todavía no se había aburrido, ni se enfadaba. Esa noche había recurrido a un montón de argumentos y balbuceos, como el de pedirle a la muchacha no simplemente que la acompañara, sino que la sujetara con fuerza del vestido con una mano, que con la otra sujetara la lámpara —ya no le infundía confianza que la apoyara sobre la mesa o la colgara de un clavo en la pared—, ¡y todavía más, como un favor muy especial, que cantara, que no dejara de cantar!... De esa noche en adelante esto ocurriría con frecuencia. La chica encontraba esta actitud de Alcmena bastante exagerada y lo más

seguro era que hasta le resultaba difícil arreglárselas con tantas cosas al mismo tiempo: sostener la lámpara teniendo cuidado de que no se apagara, sujetar el vestido de Alcmena mientras corría en pos de ella, tener continuamente preparada una canción diferente apenas terminara la anterior y, finalmente, mantener la boca cerrada durante el transcurso del día. Sólo que Alcmena la recompensaba muy bien por estas cosas. (Cuando la chica creció decía que los dientes se le habían echado a perder tan pronto por la cantidad de dulces y de golosinas que en aquella época le daba Alcmena.)

Tiempo antes de saber lo de su corazón se había casado con un vendedor de telas y habían estado seis años enteros sin tener hijos. Su esposo no presionaba la situación, ni le hacía ningún comentario, sólo que se esforzara por no sentir tristeza. Había pensado en pedirle que adoptaran uno, pero se lo comentó primero a una amiga suya, ésta a otra, ésta a otra, hasta que una novecita vio entrar en su casa —con un aire tal que se diría que cargaba debajo del sobaco toda la sabiduría del mundo— a Avramía, una jacarandosa vieja ojiazul, viuda desde hacía más de veinte años y sin hijos, sin perros, que la arrastró hasta un rincón y sin preámbulos le aconsejó que no se hiciera de un niño ajeno, puesto que sabía muy bien de lo que hablaba.

—Pero si tú no tienes experiencia al respecto—, le replicó Alcmena. —¿Cómo es que me aconsejas no hacerlo si tú jamás adoptaste a un niño ajeno como tuyo?

—¡Sin embargo, tomé el modelo de los demás!—, le contestó Avramía categóricamente.

Alcmena no comprendía:

—¿Qué modelo de los demás?

—Modelo... ¿Cómo es que se dice?... ¡ejemplo! Ejemplos amargos. La gente es mala: se alimenta de su pan mientras mira los males ajenos. Un día le van a decir al niño, como me ves y te estoy viendo, que tú no eres su madre, que lo trajiste de otra parte, y entonces empiezan las historias. Mejor quédate sin hijo. No eres ni la primera, ni la última.

Alcmena ni se dejó convencer, ni se libró de las palabras de Avramía.

Fue más o menos por entonces que surgió lo del corazón; unos piquetes, disnea, dolores como pinchazos que se le pasaban pero que volvían, y al cabo el diagnóstico del viejo médico (quien hacía gala de su principio de llamarlo a todo por su nombre); en

LA AGUJA, UNA VEZ QUE HUBO ASOMADO POR UN PORO DE LA PIEL, SE ABRÍA PASO AL AIRE CON LA PARSIMONIOSA VELOCIDAD CON QUE SE ABRE UNA ROSA DESPUÉS DE HABER HECHO ECLOSIÓN EL CAPULLO

otras palabras, de la época en que le tuvo miedo a la oscuridad. Quién sabe qué se le desató por dentro, quién sabe qué rumbo secreto y extraño tomaron las cosas, a lo mejor fue la muerte en la que pensaba más que en algún embrión que se le formara en el vientre, el caso es que Alcmena concibió un hijo ahí donde no se lo esperaba... y no dejó de concebirlos en los siguientes ocho años.

Tuvo cinco, todos vivos, sanísimos. Y mientras crecían y los contemplaba, se acordaba de la muerte, sin embargo no sin cierta sorpresa, conmoción y curiosidad, porque aquélla parecía haberla olvidado... No que no se muriera. Puesto que se murió a los cincuenta y seis años, en su cama, de un ataque de apendicitis, básicamente debido al trágico error de una vecina que, al no adivinar correctamente la causa del dolor, recubrió el estómago de Alcmena con compresas calientes y tejas ardiendo —exactamente lo que no se debía hacer para el caso.

Nuestra historia comienza —y termina— este día, o más bien al día siguiente, luego de realizar un viaje ineludible en el tiempo.

Cuando la tenían muerta sobre el suelo, adornada con flores que perfumaban, y la habían velado ya, conforme a las costumbres, y habían contado chistes encima de ella y habían llorado y reído (es bien sabido el refrán de que no existe boda donde no se lllore, ni velorio en el que no se ría), la mirada de uno de los hijos de Alcmena captó algo muy extraño: por la mejilla de la muerta asomaba una aguja... Se acercó —sin decirle nada todavía a nadie—, se sentó en una silla y, con tacto, se inclinó sobre su rostro, supuestamente para atarse mejor los cordones de los zapatos, y observó bien claramente, a corta distancia —tanta que le produjo dolor y ardor en los ojos, como si a causa de la

tensión se le hubieran reventado algunos vasos—, este inconcebible y extraordinariamente raro suceso.

La aguja, una vez que hubo asomado por un poro de la piel, se abrió paso al aire con la parsimoniosa velocidad con que se abre una rosa después de haber hecho *eclosión* el capullo: despacio, insensible y firmemente, tal vez con algunos rechinos internos, sonidos que escapan al oído. Cuando la aguja llegó a un límite que no le permitía —y que tampoco podía soportar él mismo— seguir siendo un secreto para los demás (pues, por otra parte, no estaba seguro de que alguien más no lo hubiera visto y se quedara como él callado), levantó sus ojos asustados y, considerando perfectamente inútiles las palabras, les señaló con el dedo la mejilla de la difunta.

Alcmena tenía seis años —el nombre se lo había puesto un amigo amante de la antigüedad de su padre—, cuando un día vino su hermano de doce años para llevársela a jugar en el patio cubierto por la hierba de una casa deshabitada (en la que decían que había fantasmas por las noches).

—¿Ves aquella ventana?—, le preguntó mientras le señalaba la ventana más alta.

La veía.

—¿Ves el vidrio?

También a éste lo veía, era la única ventana que poseía vidrio, todas las demás permanecían como bocas abiertas.

—Ese vidrio es mágico—, le contó mientras la miraba a los ojos. —Si lo rompemos y venimos durante la noche, saldrá de ahí un fantasma y veremos cómo es. ¿Quieres?

Quería. Tenía un poco de miedo —tenía mucho miedo—, pero quería. Puso una piedra en su mano, tomó él una aún mayor y reunió a sus pies otras treinta.



AUTORRETRATO, 1970 (ALFOMBRA) / GRAFITO SOBRE PAPEL / 31 X 33 CM

—Vamos a ver quién lo rompe antes, ¿tú o yo?—, le dijo y comenzaron a lanzar piedras contra el vidrio mágico, ninguna de las cuales llegaba hasta allí, pero ninguna —hasta que finalmente una lo logró.

—¡Yo!—, gritaron al mismo tiempo los dos y estaban a punto de festejar su hazaña o de pelearse por ver quién había sido el que lo había roto, si...

Si el fantasma que esperaban ver por la noche hubiera esperado hasta entonces: se deslizó en ese mismo instante, negrísimo, alterado, brutal; literalmente se dejó ir por la ventana ahora abierta, al principio con cierta inseguridad en su empuje o como si por un momento la luz del día lo hubiera cegado, después dio un giro desenfrenado, se oyeron dos tronidos que dejaron sin respiración a los chicos —la poca que les había quedado— y luego, cualquier cosa que hubiera sido aquello terrible que vieron, esto se elevó como un rayo por lo alto y se desvaneció en el aire.

Cómodamente suponemos que era un cuervo o simplemente una corneja convaleciente, pero para la Alcmena de aquellos tiempos y para su hermano era demasiado grande y bastante negro, bastante feroz, bastante sorprendente y extraordinario como para que no poseyera cierta propiedad sombría. La de un fantasma (para decirlo con las palabras por las cuales lo tomaron y lo comunicaron), de un ánima. Por otro lado, esa casa en particular, ese lugar inaccesible, estaba relacionado con historias extrañas y sucesos nocturnos.

Regresaron amarillos como limones. A punto estuvieron de no ver a su padre quien brindaba en el patio con el padrino de Alcmena —más bien sí los vieron pero intentaron rehuirlos. Los dos hombres llamaron a los chicos para que se acercaran.

—¿Dónde andaban?

—En ninguna parte—, se apresuró a contestar el chico.

—¿Qué es lo que tienen que están así?

—Nada—, volvió a decir el chico.

Alcmena permanecía en silencio, no hacía sino mirar a su hermano. Su padrino le pidió que se aproximara todavía más. Dejó de mirar a su hermano —sintió que esto sólo reforzaba las sospechas de los mayores— y se aproximó sin ganas a aquél. La atrajo y la colocó en medio de sus rodillas, la apretó, cosa que siempre le resultaba agradable, pero no ahora. Le temblaban las piernas. No mucho, no muy notoriamente, solamente aquel estremecimiento minúsculo, el delgado e incontenible tremolar que mientras dura no deja que nada encima o dentro del cuerpo permanezca firme. El padrino se agachó y le tomó con suavidad una de las piernas. Alcmena se volvió bruscamente a mirar a su hermano, pero éste había desaparecido.

—Algo ha hecho ésta—, oyó que su padrino le decía a su padre.

Dijo “ésta” como si lo hubiera hecho sola —esto la molestó, aunque su tono hubiera sido amigable y su mirada estuviera cargada de simpatía.

Pese a todo, su padre se comportó con mayor justicia —hizo referencia a los dos:

—Dime qué fue lo que hicieron tú y tu hermano, dónde estaban.

Y les contestó:

—¡Rompimos un vidrio en aquella casa, salió un fantasma!... ¡Uno de este tamaño!...

Y puesto que a partir de ese día Alcmena tuvo pesadillas cuando dormía, despertaba a causa de sus propios gritos o empapada completamente por las lágrimas, la oscuridad la asustaba y se la pasaba pensando que unas sombras la pisaban o que negros fantasmas alados la agarraban entre sus uñas, y puesto que además, como si no bastaran los temores del alma, la piel se le llenó de jiones que, conforme a las supersticiones existentes, significaban que se había convertido en vulnerable a los hilos y las chupadas de las hadas, su madre ya no la dejaba salir a jugar con su hermano, la mantenía encerrada en la casa, a su lado, junto a una cesta grande llena de trapos, hilos y agujas.

—De hoy en adelante vas a bordar—, le dijo. —Yo te voy a enseñar cómo.

Le enseñó, lo hizo, así que Alcmena tenía muy hermosos bordados que había realizado en sus años infantiles y adolescentes.

Pero también algo inesperado, cuyo desarrollo sorprendente, prolongado y secreto nadie podía

imaginar. Incluso ella misma tenía dificultades para explicar cómo había sucedido exactamente, cómo exactamente... ¡una aguja se había introducido en su cuerpo! Y cuando decimos “se introdujo” no queremos decir que se pinchó o se hirió, sino que penetró entera en su pequeño cuerpo virginal. El tiempo había engalanado el suceso —ya que ahora sabemos que se trataba de un suceso y no del producto de su imaginación— con diferentes versiones y conjeturas, y cada vez que hacía referencia al hecho caía luz (u oscuridad) sobre un nuevo detalle; como cuando hablaba del fantasma en la ventana. De esta manera, los demás llegaron alguna vez a la conclusión de que las manitas de oro de Alcmena hablaban de cosas inexistentes, ricas en detalles...

Unas veces decía que se había colocado la aguja en la boca, antes de ensartarle el hilo, y que se la había tragado sin darse cuenta en el momento de tragar saliva. Otras veces, que mientras la sostenía entre los dientes en el momento en el que se quitaba el vestido, la aguja se le había enredado en la ropa y que entonces se le había enterrado en el brazo. Otras, que la aguja se había quedado atorada en el vestido y que, cuando se lo ponía, se le había enterrado en la cabeza. Otras, que en el pecho. Otras, que había sido aquel fantasma el que le había hundido la aguja en el omóplato mientras dormía.

Había sembrado la preocupación en la casa entonces, aunque al mismo tiempo les aseguraba que no sentía ningún dolor, ninguna molestia en parte alguna. No sabían que hacer. ¿Llevarla al médico, a un hospital? ¿Y qué es lo que podían hacer allí? ¿Era posible que le abrieran todo el cuerpo para buscar una aguja? Finalmente, los tranquilizó su padrino, un hombre cuya opinión tenía siempre peso —y algo de lirismo. “La aguja tiene ojo”, les dijo, “y un instinto infalible. Una vez que haya realizado un hermoso viaje por el cuerpo de Alcmena y haya visto todo el milagro y el drama de la vida, terminará por salir, intacta y relumbrante como entró. Acuérdense de esto.”

Sólo cuando llegó al sitio del corazón, sólo entonces —como pudo verse después— produjo cierto revuelo y, probablemente, esto fue lo que vio el médico cuando le habló de un corazón enfermo que puede dejar de funcionar de un momento en otro. Nada nos impide aceptar esta versión, dado que su corazón siguió funcionando normalmente y Alcmena murió treinta años después de otra cosa, para que concluyera en ese punto asimismo el viaje de la aguja por su cuerpo ☁